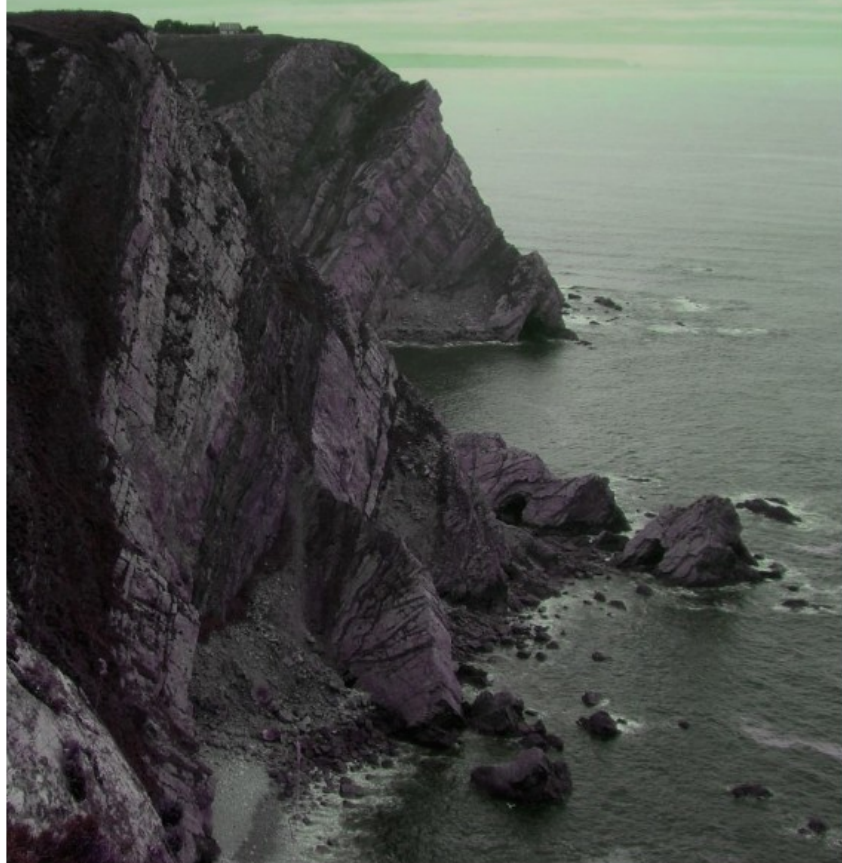


Recuento de sombras



Javier Lozano

Al amanecer, un viento gélido azotó los acantilados. Levantaba olas coronadas de un blanco verdoso que embestían contra las rocas arrancándolas una música sorda. El sol no tuvo fuerzas para romper el cerco de nubes de acero y sólo alcanzó a filtrar una luz amarillenta. La tierra toda se negaba a despertar, la sombra cantaba su triunfo.

No necesitaron nombrarlo. Tan pronto se levantaron, los párpados hinchados, las bocas apretadas y secas, las ideas turbias por la duermevela espesa que transforma lo real en sueño y los sueños en realidad, lo supieron sin hablarlo. Ya no estaba. Se hallaban solos en aquel territorio oscuro. El Maestro había partido.

Sabían lo que debían hacer. Encendieron la hoguera, mientras las gaviotas llenaban el aire de risas sarcásticas. Una corneja voló a su izquierda entre los espinos. El aire frío ayudó a prender la llama. Miraron al fuego sin poder descifrarlo, se acercaron hasta chamuscarse las pestañas sin obtener respuesta. En silencio calentaron agua. Prepararon café. Apuraron el líquido negruzco. Tras leer los posos, supieron llegado el momento.

El mayor de los tres habló con voz grave, haciendo temblar la ligera pelusa que dibujaba una sombra sobre sus labios adolescentes:

- He soñado con el Maestro y no me colmó de dicha. Lo vi y no ahuyentó mi pesar. El aire no nos acariciaba al

volar ni gozábamos como pájaros. Vuelo negro, negro y profundo. Destellos de luz intermitente herían nuestros ojos. Caíamos, caíamos sin encontrar fondo. “¡Tome mi mano, tome mi mano y nos detendremos!”, gritaba fuera de mí. Estiraba el brazo, tensaba los dedos hasta que me dolían las articulaciones. Pero el Maestro sólo sonreía. Sonreía y me miraba sin verme. Sonreía y seguía cayendo, una caída infinita que me llenó de terror. Cerré los ojos con tanta fuerza que abrí paso al despertar.

El silencio los envolvió de nuevo. Durante unos minutos, sólo se oyó el crepitar de los troncos devorados por las llamas. Luego, el segundo discípulo tomó la palabra:

- He soñado con el Maestro y no me regocijé en él, ni me inundó de paz y sabiduría. Sueño de humedades ilimitadas, de fondos marinos, de algas viscosas y envolventes. Caminaba sumergido, mis pies se hundían en el fango espeso. Una luz violácea se filtraba desde la superficie dibujando a mi alrededor sombras grotescas. Diminutos pececillos de dientes afilados empezaron a hundirlos en mis carnes. Me arrancaban delgadas tiras que centelleaban al descender hasta los fondos. Nació una música del interior de la tierra que ahogaba mis quejidos. Andar me era cada vez más dificultoso. Cientos de medusas se me adherían impidiendo mis movimientos. Entonces vi al Maestro. Me daba la espalda, unos metros por delante de mí. “¡Maestro, ayúdame!”, grité. Gastando mis últimas fuerzas, conseguí llegar hasta él y agarrar su túnica. Al darle la vuelta, vi su cuerpo vestido de algas, los ojos devorados por los peces. Mi grito acalló la música y el silencio me hizo despertar.

Era el turno del más joven. No tendría aún quince años. En el azul desteñido de sus ojos viajaba una lágrima:

-He soñado con el Maestro y no encontré placer en él. No hizo brotar mi risa, no acariciaron mis oídos palabras prodigiosas. He soñado caminos sin final ni retorno, zarzas de espinas aceradas, rodillas sangrantes entre rocas afiladas. El sendero se elevaba bañado por una luz hiriente. Trataba de mover mis piernas con toda la rapidez posible, pero, en lugar de avanzar, la cima era cada vez más lejana. Tenía que subir, debía hacerlo, era cuestión de vida o muerte. Y no podía, no podía. Entonces vi al Maestro. Ascendía a la cumbre flotando, sin el menor esfuerzo. “¡Maestro, llévame contigo!”, grité. No pareció oírme. Al pasar a mi lado tomé su mano. No había carne ni sangre. Las falanges heladas entumecieron mi brazo hasta producirme un dolor agudo. El cielo se oscureció y la oscuridad me arrancó del sueño.

Todo había sido dicho. Dejaron que se consumiera el fuego. Después subieron juntos el escarpado camino que conducía a la cresta del acantilado. Cada paso golpeaba la dolorosa certeza. En lo alto, semiocultas entre piedras laminadas, encontraron las sandalias del Maestro. Miraron el inmenso vacío que se abría a sus pies. Al fondo, sobre las rocas cobrizas coronadas de un halo de espuma, alcanzaron a ver su túnica. Tuvieron que esperar hasta bien entrada la tarde para que el mar devolviera su cuerpo hinchado y mordido por los peces. No tenía ojos.